



T3C05

¿ANOREXIA O MACDONALD? Notas sobre la cultura arquitectónica en las Américas

Yves Deschamps

Vivo y enseño la historia de la arquitectura en un país a la vez parecido a los suyos y distinto. Viné a los SAL, hace unos doce años, en busca de respuestas, pero más que todo, de preguntas. A mi, los SAL fueron una escuela de americanidad.

¿Qué es el papel de la arquitectura en una comunidad americana como Quebec (trasplantada, aislada, amenazada, inacabada)? ¿Cómo puede ella participar en su construcción? Esas son preguntas que los iberoamericanos plantean desde mucho más tiempo y con intensidad y recursos intelectuales que no puede igualar un pueblo de siete millones.

Propongo desarrollar aquí unas conclusiones de mi aprendizaje.

1. Cada uno de nosotros vive y trabaja en un lugar específico.

Una característica esencial de la arquitectura cuando se la compara a otras disciplinas artísticas o científicas es su vinculación particular con el lugar. A lo largo de la historia, esa vinculación no siempre se reconoció como un dato importante y, a veces se vió más bien como un inconveniente. En esa asamblea, no necesito explicar que el lugar, sí, impone obligaciones, pero es la materia misma de la arquitectura. El objeto arquitectónico no se puede pensar sino a partir del lugar, cuando fuera para modificarlo radicalmente.

Lugar – estaremos también de acuerdo – se entiende como un dato a la vez material y cultural, en su realidad presente y en su historia.

Una vez concretado, el diseño arquitectónico HACE – poco, mucho, bien o mal – el lugar donde se halla, y, por eso, los que lo habitan. Cada uno de nosotros, un día u otro,

experimentó el bien o malestar que le proporcionó tal lugar frecuentado o visitado y, la arquitectura siendo nuestra preocupación, atentó entender cómo los edificios concurrían a la experiencia.

Antes de ser especialistas, somos todos HABITANTES de unos lugares. Por eso, nosotros también, nos encontramos conformados por lugares y arquitecturas que nos hicieron y siguen haciéndonos cada día.

Nada de eso es abstracto, teórico, generalizable, a lo contrario, es bien concreto, práctico y específico. En ese sentido ¿no sería lógico que el diseño de edificios (ya no hablemos de arquitectura) sea determinado por modestas costumbres locales sin la menor intención de difusión afuera de su area original?

De hecho, fue así durante milenares, es así hoy mismo en unas regiones aisladas y amenazadas por el mercado global, donde la *res ædificatoria*¹ queda un legado ancestral.

¹ ¿En qué pensaba Alberti cuando eligió titular su tratado *De re ædificatoria* y no *De architectura* como Vitruvio y unos demás? Cualquier sea el caso, recurro a su formula

2. Sin embargo, como arquitectos, compartimos una cultura sin fronteras.

Tales *res ædificatoriæ* resultan preciosas, porque, como muchos otros elementos culturales en vías de extinción (idiomas, modos de vida, técnicas...), encierran riquezas irremplazables cuya existencia ni siquiera sospechamos. Su estudio – bastante descuidado por los arquitectos – es una de las tareas urgentes que están por delante de nosotros.

Eso dicho, la mayoría de los habitantes del planeta no vive más en tales aisladores. Milenares de intercambios y conquistas nos prepararon a la era de cultura universal que hoy abordamos con una mezcla de miedo y esperanza. El proceso no es reciente. El mismo país que nos acoge hoy fue, hace quinientos años, la escena de un encuentro tan asombroso para los conquistados como para los conquistadores.

Desde los primeros días de la Conquista, la arquitectura no queda

para poner la arquitectura en su sitio: el de un caso particular entre los “artes de edificar”.

pasiva. Proporciona argumentos que justifican la destrucción del espacio conquistado y su atenta transformación en Nueva España.

Por su naturaleza misma, la arquitectura tiende a ser un discurso dominante. Es la doctrina oficial del Imperio (Ordenanzas de población). Como el Imperio apunta a regir el país, la arquitectura apunta a regir las cosas de la construcción y, con eso, los lugares y las sociedades cuya vivencia está enmarcada por ella.

Lo quiera o no, quien acepta el título de arquitecto acepta al mismo tiempo la tradición de discurso universal que trae consigo. Los historiadores de Latinoamérica nos enseñan, por ejemplo, que las academias de las ciudades de Lima y México, lejos de fomentar la disidencias que se temían en Madrid, se hicieron los más fieles agentes de la rectitud neoclásica en el continente.

Si eso fue el papel de la arquitectura desde el primer momento de su “renacimiento” como palabra, idea y práctica ¿qué es, en nuestros tiempos, con el sueño de conquista universal de la Europa del siglo de oro a punto de realizarse?

El movimiento de conquista no es menos violento que entonces. Sólo cambiaron sus agentes, sus métodos y sus objetivos, pero todavía incluyen arquitectura y arquitectos. Unas frases del escritor británico John Berger que leí hace poco² me parecen resumir la situación con bastante exactitud:

La palabra clave del presente caos global es la de de o relocalización. No sólo refiere a la práctica de desplazar la producción donde el trabajo cuesta menos y la reglamentación es mínima. También alude al sueño loco de *offshore* que abriga el poder recién establecido: el de socavar el estatuto y la seguridad de todos los lugares hasta hoy fijos para que el mundo entero se vuelva un mercado largo y fluido.

El consumidor es esencialmente uno que se siente perdido, o a quien

² John BERGER, « Dix dépêches sur le sens du lieu », Le Monde diplomatique, agosto 2005, p. 19.

se lo ha dicho que se siente perdido, si no consume. Las marcas y logotipos se convierten en señales que indican los lugares que poblan el Ninguna Parte.

En los ojos de los Aztecas o de los Incas, la México de Cortés o la Cusco de Pizarro aparecieron probablemente como un caos desprovisto de sentido. Así, tal vez, nos aparecen ciertos barrios de las ciudades americanas de hoy, pero el caos existe sólo para los vencidos. Los conquistadores y sus arquitectos ya tienen el plan listo. El caos no es sino el taller de un nuevo orden.

Robert Venturi había muy bien entendido la importancia de Las Vegas. Las Vegas es, de cualquier modo, la Sforzinda y la Brasilia del nuevo mundo que se va construyendo. No por casualidad, este mundo nació en el desierto, es decir en Ninguna Parte. Nació también en EE. UU., y lleva el sello de una cierta cultura estadounidense en un cierto momento, pero eso no es esencial, puede muy bien prescindir de su lugar de origen.

Como los precedentes, ese nuevo mundo tiene que destruir los lugares que resistan a su conquista, a la uniformidad y a la fluidez que exige. No faltan, en nuestro ámbito profesional inmediato, colegas que no ven el menor problema en eso, o que siquiera se entusiasman con la perspectiva de una práctica sin fronteras. Un movimiento ya bien adelantado apunta a uniformizar la capacitación de los arquitectos en el mundo entero. No dudo de la buena fe de sus promotores, pero si logran su propósito ¿qué quedará de espacio para culturas locales autónomas en programas ya sobrecargados de asignaturas técnicas más y más exigentes, cambiantes e internacionales para satisfacer el rey mercado?

El mismo nombre del evento que nos junta nos opone, *a priori*, a esa visión conquistadora ya bien implantada en las Américas y en el mundo. El adjetivo “latinoamericana” señala que nuestra reflexión se situye dentro de regiones y experiencias históricas específicas. Postula una arquitectura existente, sin duda, pero, más que todo, al tratarse de un “seminario”, una arquitectura futura,

un proyecto. Pero frente a la subida de lo global ¿no sería este proyecto de arquitectura latinoamericana, de arquitecturas latinoamericanas o de arquitectura en Latinoamérica un ensueño improbable?

3. A lo largo de los siglos, la arquitectura fue integrándose nuevos espacios culturales y modificándose en el proceso.

En cada uno de los lugares y culturas distintos donde desempeña su oficio, el arquitecto es una especie de criollo a quien corresponde la descripción de Bolívar³

... siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado...

y añade:

... no obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional y no por un raciocinio probable.

La primera parte de la cita describe su propia situación, pero si reemplazamos “nuestros derechos” por “nuestras arquitecturas”, creo que describimos la nuestra bastante bien. Lo de “los invasores” no requiere aclarecimientos. En cuanto a “los del país”, no sé que pensarán. Lo que a mi me parece es que sí, estamos disputando con ellos, pues el proyecto arquitectónico, cualquier sea, no puede dejar de criticar lo que es. Como el criollo, el arquitecto siempre se encuentra sentado entre dos sillas.

En cuanto a la segunda parte, no pude resistir... Me parece describir perfectamente el espíritu de los SAL: un deseo racional...

³ Simón Bolívar, Primera Carta de la Jamaica, 1815

De hecho, sin negar lo que trae consigo de deseo, nada impide que este deseo se apoye en algunas probabilidades y que atentemos aprovecharlas.

Citaré una más frase encontrada en el ya citado artículo de Berger. Es del escritor caribeño Édouard Glissant:

El modo de resistir a la mundialización no es negar la mundialidad, sino concebirla como la suma finita de todas las particularidades posibles...

La historia de la arquitectura revela su tendencia hacia prescripciones universales y su propensión a aliarse con imperios, pero en el mismo proceso de mundialización, pasa por fases de integración (los pessimistas dirán “recuperación” con mucha razón). En el primer capítulo de *Theory and Design in the First Machine Age*⁴, Reyner Banham describe un ejemplo del fenómeno.

A finales del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve, Gran Bretaña y Alemaña encabezaron el

movimiento romántico de revalorización de culturas populares y nacionales. En lo arquitectónico, los estilos medioevales menospreciados por el clasicismo reinante se eligieron como símbolos. Aquél movimiento engendró el neogótico que las academias condenaron de repente como expresión de *barbarie*. Pero no pudieron refrenar los nacionalismos, ni el gusto romántico para lo histórico. Por eso, hacia 1900, se replegaron a otra posición: declararon que los estilos eran algo accesorio, asunto de gusto personal o nacional (pués irracional). Las auténticas y universales reglas de la arquitectura tenían que situarse más arriba en una teoría que pueda abarcar todas las particularidades regionales recién descubiertas (frecuentemente por no-arquitectos) y aceptadas. Las encontraron en la geometría abstracta de la *composition* axial y ortogonal que fue el último refugio del clasicismo y que abrió el paso al rechazo moderno de todos estilos.

Este, creo yo, ejemplifica la otra cara de la evolución de la cultura arquitectónica, una cara que la acerca del ideal expresado por Glissant. De tanto integrar nuevas *res*

⁴ BANHAM, Reyner, *Theory and Design in the First Machine Age*, Cambridge, MA, MIT Press, 1980 (1960), pp. 14-34.

ædificatoriæ (o siquiera, recuperarlas), nuestra disciplina se relaja, se generaliza hasta perder gran parte de su rigidez normativa. Así, puede volverse “*la suma finita de todas las particularidades posibles*”, un simple repertorio de todas las experiencias, un repertorio sin escala de valores, pero bien circunstanciado para que los que lo consulten se den cuenta clara de la distancia que les separa de las circunstancias históricas y geográficas que engendraron tales ideas o formas.

Un repertorio de ese tipo necesita una participación activa de gente de las “periferias”, porque son los que mejor entienden su utilidad y tienen mayor interés en su existencia, el de dejarlos elegir libremente los elementos de la cultura arquitectónica mundial que les parezcan pertinentes para cumplir dos deberes esenciales del arquitecto:

- respetar su lugar
- mejorarlo

4. La conciencia arquitectónica exige un conocimiento del lugar y del tiempo del proyecto. Pero

este mismo conocimiento no puede ser crítico sin referencias exteriores en que apoyarse. Por eso, la cultura del arquitecto no puede ser sino universal y comparativa en el espacio y en el tiempo.

Les propongo otro más ejemplo.

En 1867, frente a la evidencia del poder militar de Estados Unidos⁵, el gobierno de Londres otorga a sus colonias norteamericanas una larga autonomía. Así, el nuevo Dominion de Canadá, casi independiente sin que la mayoría de sus habitantes lo hayan pedido, se encuentra de repente con un problema de identidad. Hasta entonces, los francocanadienses se llamaban a sí mismos “canadienses” o “franceses” lo que, según su entendimiento era lo mismo. Los anglocanadienses, por su parte, se identificaban como británicos pura y simplemente.

Eso coincide con una nueva toma de conciencia arquitectónica en Norteamérica. En 1866, la primera escuela de arquitectura se funda en

⁵ La guerra de secesión, terminada dos años antes, lo había ilustrado.

Boston (M.I.T.). uno tras otro, los estados de EE. UU. y las provincias canadienses se dotan con gremios de arquitectos que rigen la práctica legal dentro de sus fronteras. La arquitectura norteamericana deja de ser esencialmente artesanal para volverse profesión liberal con capacitación universitaria.

En Montreal, entonces la capital económica de la nueva Confederación, el enseñamiento de la arquitectura aparece casi al mismo tiempo en la École Polytechnique de Montréal (en francés) y en McGill University (en inglés). La primera mezcla modelos de las Escuelas politecnica y de bellas artes de París, y, de modo típico, elige unos profesores en Francia; la segunda manda buscar en Edinburgo dos arquitectos educados en la tradición regionalista de los *Arts & Crafts*, Ramsay Traquair y Percy Nobbs.

De modo paradójico (pero también muy lógico) son ellos que realizarán los primeros estudios sobre las casas e iglesias del pasado colonial francés. Hasta entonces, se los había tratado con indiferencia o desprecio. Para los anglo-canadienses, eran la

arquitectura de los vencidos y para los franco-canadienses, representaban el pasado rural que trataban olvidar. En ese patrimonio, los dos escoceses encontraron un equivalente del que habían estudiado en su propio país y descubrieron una tradición en un continente de que se decía que no poseía ninguna (figs, 1, 2).

Mediante la fusión de esa tradición vernacular con la arquitectura culta de Gran Bretaña Nobbs, por lo menos, proyectaba una identidad arquitectónica “canadiense”, capaz de resistir a la creciente influencia de Estados Unidos (fig, 3).

El proyecto de Nobbs era simpático y generoso. Infortunadamente llegaba demasiado tarde. En un país ya dominado por el poder económico de EE. UU., toda “resistencia” era condenada. Sus modelos nostálgicos inspiraron unas residencias y edificios públicos de la burguesía anglocanadiense, pero no lograron construir la identidad arquitectónica canadiense con que soñaba.

El fracaso del proyecto canadiense de Nobbs y Traquair ejemplifica a la

vez las cualidades de su visión arquitectónica y sus puntos flacos.

Capacitados lejos de la escena canadiense, los dos arquitectos escoceses vinieron al país con una mirada nueva y reconocieron un patrimonio que los propios habitantes ni siquiera veían. Se los puede encontrar precursores como Humboldt o Catherwood que descubrieron América antes y mejor que muchos Americanos, lo que lleva a esperar el desarrollo de estudios “cruzados” y comparativos.

Pero su proyecto de resistencia nostálgica no les permitió entender exactamente donde y cuando estaban, a partir de que circunstancia concreta tenían que obrar: la Norteamérica del siglo veinte. En el patrimonio del siglo dieciocho no buscaban lo americano, sino argumentos para resistir a la ola estadounidense. Tampoco distinguían en esa lo contemporáneo y necesario de lo ajeno e inapropiado. De verdad, la misión era casi imposible y la sociedad para la cual trabajaban no los ayudaba de nada.

Aquí caben unas citas de Marina Waisman que me parecen definir una estrategia mejor⁶:

Resistir es mantener una situación, crearse un enclave en el interior del sistema para no ser absorbido por él (¿pero hasta cuándo?).

Divergir es salirse del sistema, dejar de lado sus estructuras, emprender rumbos inéditos.

Resistir es permanecer para defender lo que se es.

Divergir es desarrollar, a partir de lo que se es, lo que se puede llegar a ser. Probablemente la diferencia de estas dos interpretaciones proviene de la diferencia de origen de sus sostenedores: desde el centro no puede verse a las márgenes como generadoras de proyectos, sino sólo quizás, como refugio. Desde las márgenes todo es – o debería ser – proyecto.

⁶ WAISMAN, Marina, *El interior de la historia*, Bogotá, Escala, 1990, p. 72.

Hacia 1975, entre los arquitectos de Montreal, se empezó a hablar de “regreso de la historia” y de “reapropiación”, como era entonces de moda universal. Eso, supongo, partía de buenas intenciones y resultó en un mejor tratamiento de los ambientes históricos (fig, 4). Es algo importante, pero no basta.

Otras consecuencias mucho más frecuentes de ese discurso sugieren que su base teórica era aun menos crítica (pero con más pretensiones y menos excusas) que el de Nobbs, medio siglo antes (fig, 5). Demuestran como el estudio de sí mismo sin bastantes referencias comparativas exteriores no resulta mejor que la ignorancia de lo propio.

En Norteamérica, el discurso de la preservación frecuentemente no se arraigó en análisis críticos sino en la ola de reacción nostálgica e irracional que llevó al poder a Reagan y a los Bush y cuya expresión arquitectónica es el mal nombrado *New Urbanism* que ni es nuevo ni urbano. La última astucia del “mercado” arquitectónico fue la invención de un “patrimonio” internacional prefabricado que un cualquier arquitecto trabajando para

un cualquier contratista puede vender con igual acierto en Montreal, Moscú, Bangkok o cualquiera parte del Ninguna Parte (fig, 6, 7, 8).

Me parece que estamos en presencia de un caso típico de lo que Jencks llama *double coding*, es decir doblez oportunista de algunos e ignorancia de los demás (entre los cuales, infortunadamente, unos arquitectos).

En contra de los oportunistas, no sé que hacer; en cuanto a la ignorancia, nos queda la difusión de un conocimiento circunstanciado de la arquitectura, la de nuestras regiones, por cierto, pero también la de otros lugares del mundo sin la cual los nuestros pierden todo sentido.

5. La universalidad no se debe confundir con una cualquier hegemonía, sea mundial o regional. Al contrario, es la búsqueda, en todas direcciones e historias, de alimentos que puedan satiar hambres locales de ideas y formas. Mejor un canibalismo universal y selectivo que las alternativas: anorexia o Macdonald.

Entre las causas que facilitaron el desarrollo del patrimonio prefabricado que acabo de describir en mi ciudad, cabe destacar – como ya lo señalé – una visión arquitectónica nostálgica que descalificó toda divergencia (para citar a Marina Waisman) tanto en los ojos del público como de los arquitectos mismos.

Por eso, ellos encontraron a la vez conveniente y virtuoso limitarse a un vocabulario de imitaciones (... generalmente malas: las buenas cuestan demasiado). Esa limitación voluntaria es lo que llamo anorexia. Por mala suerte, pasa a veces – como pasó en Montreal – que, en su esfuerzo para no comer comida extranjera, unos anoréxicos acaben comiendo Macdonald. Macdonald nunca es extranjera en Ninguna Parte.

Eso no se debe confundir con la práctica tradicional de los artesanos que cambia poco porque funciona sin relaciones (o pocas) con el mundo exterior. El arquitecto puede aceptar limitaciones de materiales o técnicas en unos casos particulares, pero no puede volver a la inocencia de quien no sabe. Philip Johnson (que no es

de mis amigos) decía “*No podemos no saber*”.

Unos podrían sostener, entonces, que no necesitamos arquitectos, sólo técnicos sin pretensiones culturales. Cuando miro a mi ambiente, quedo convencido, muy a lo contrario, que los necesitamos más que nunca, que necesitamos especialistas de lo construido con una cultura universal que puedan ofrecerles a los habitantes de cada lugar particular los recursos de un saber universal para ayudarles en conformar su propio lugar de modo crítico, en arreglo a sus propios proyectos, proyectos de 2005, no de 1805 y, por consiguiente, proyectos divergentes. El proyecto de destrucción de los lugares tiene sus arquitectos, unos muy competentes, brillantes y astutos ¿porqué no tendríamos los nuestros?

Eso, desde luego, necesita conocer su propio ambiente, su propio pasado, no como nostalgia regresiva, pero (aun en las palabras de Marina Waisman) “*un valor cultural no consumible sino productivo, productivo de nuevas ideas de diseño*”

tanto como de mejores ámbitos de vida.”⁷

Pero como ya lo propusé, necesita también un acceso a repertorios universales sin “centro” ni “periferia”, sin *governing syle* (así Hitchcock y Johnson calificaban su *International Style* en 1932).

“Sólo me interesa lo que no es mio”, escribía Osvaldo de Andrade en su celebre *Manifiesto antropófago* de 1928. En realidad, se interesaba también apasionadamente a lo suyo, pero, más que todo ERA apasionadamente brasileño, Su cultura universal le permitía ver lo suyo con apego, pero sin indulgencia ciega.

Ésto me parece el equilibrio perfecto: ser de un lugar, pero comer de todo – no sólo Macdonald – e inventar recetas inéditas que mejoraron el lugar y lo harán único.

⁷ WAISMAN, Marina, *Op. cit.*, p. 128.

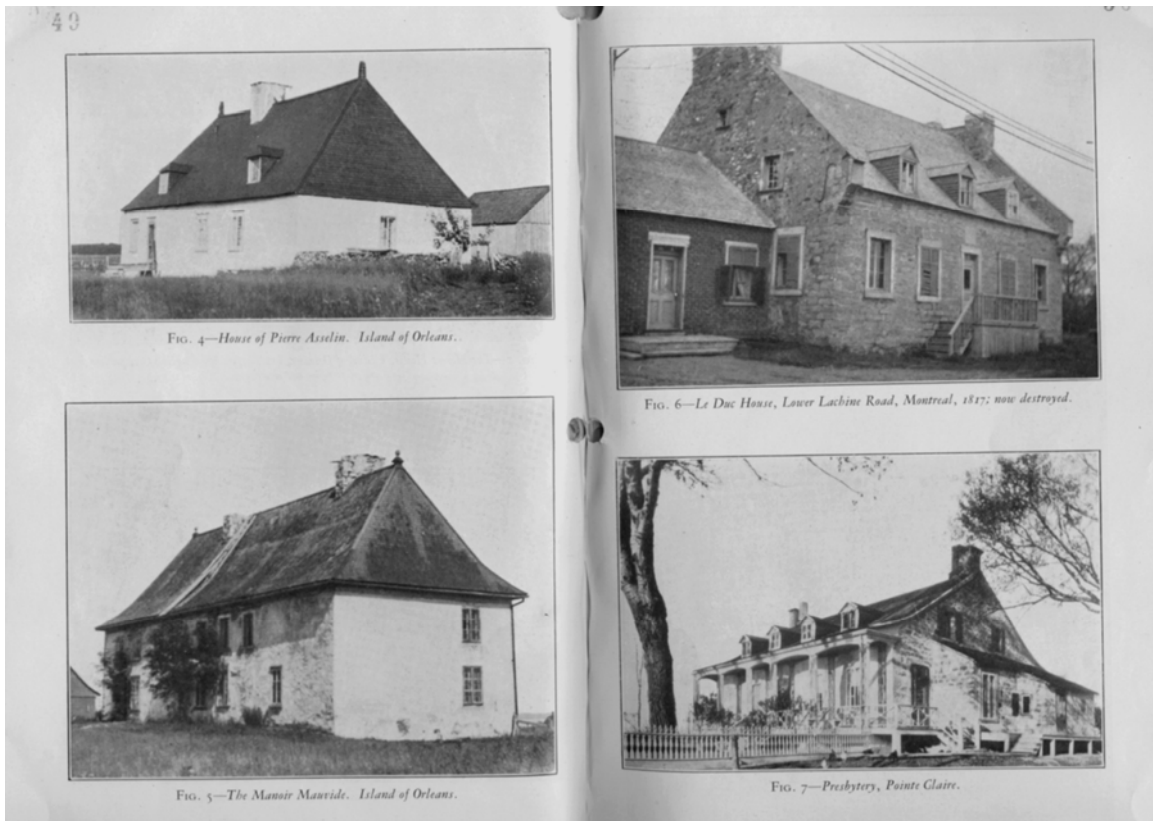


fig. 1

Casas quebequenses de siglos 17 a 19 fotografiadas por Traquair y sus asistentes, 1926.



fig. 2

Iglesia de la Sagrada Familia, Isla de Orleáns, Quebec, 1743-1843
 Trazado publicado por Traquair, 1926.



fig. 3

Casa H. Scott, Dorval, Quebec, 1922-1923 (destruida)

Arqs: Nobbs & Hyde.

Ejemplo de mezcla franco-inglesa para producir un estilo “canadiense”
El tipo y las proporciones son las del vernacular colonial francocanadiense del siglo 18, los detalles se inspiran del vocabulario neoclásico británico.



fig. 4

Cours Le Royer, Montréal, Quebec.

Arqs : Victor Bourgeau y Michel Laurent, 1861-1873 (construcción), Desnoyers & Mercure, 1978 (renovación)

Con el cambio de actitud frente al patrimonio en los 1970, este conjunto de almacenes del barrio antiguo se conservó y se transformó en viviendas.



fig. 5

Un ejemplo entre muchos de las malas imitaciones que se han construido en Montreal después de los 1980 con buenas intenciones “contextualistas”.

Originalmente, la casa de la derecha era idéntica a la de izquierda, ambas construidas en los años veinte. En 1990-1991, la de izquierda fue demolida y construida de nuevo como copia mediocre de la original (ya sin mucho valor).



fig. 6

Seaside, Florida

Arqs: Duany, Plater-Zyberk & Co., 1980.

Uno de los protótipos del *New Urbanism* . Un uso astuto de nostalgias
“patrimoniales”.



fig. 7

Un nuevo suburbio en Rusia...



fig. 8

... y una estación de esqui diseñada por Intrawest Corp. Está en Tremblant, Quebec, pero, más que todo, en Ninguna Parte.